

Alfredo R. Bufano

## ***Urgencias Actuales: el Retorno al Espíritu***

Dirección General de Escuelas de Mendoza *Un Ciclo Cultural*,  
Mendoza, Best Hermanos, 1938. p. 183-197

### **Aclaraciones**

A la mayor gloria de Dios, ofrecemos esta conferencia de Alfredo Bufano, editada en 1938 y prácticamente inconseguible.

Hemos tratado de respetar la paginación original que se indica al principio de cada hoja entre corchetes. Por lo mismo, en los últimos renglones sobran espacios que hemos completado con guiones a fin de no alterar la paginación original. Sin lugar a dudas Dios proveerá algún editor que pueda realizar ambas cosas sin la necesidad de los guiones.

En lo personal, agradecemos al profesor Mario Descote, quien nos regaló esta conferencia hace años y por ese gesto la ofrecemos también como regalo ahora a todos.

Elevemos una oración por el alma de Bufano y roguemos a Dios que suscite en nuestra tierra, nuevos y grandes poetas que canten a la Verdad, la Belleza y la Hermosura.

***Urgencias Actuales: el Retorno al Espíritu***

Excmo. Sr Gobernador, Señor Director General de Escuelas, colegas en la enseñanza, jóvenes estudiantes, señoras, señores:

Hace muchos años, pero no tanto como para que su recuerdo se haya borrado de los que lo conocieron, vivía en Guaymallén un niño de aspecto estafalario. A raíz de una promesa materna, vistió gran parte de su infancia el austero tabardo de la Orden del Santo de las "Florecillas". Más de una vez caíanle sobre sus espaldas los cabellos, no por precoces veleidades artísticas del muchacho, sino porque en su casa, pobre de toda pobreza, faltaban con frecuencia los necesarios centavos para pagar quien se los cortase.

El niño del que os hablo aprendió sus primeras letras en la escuela "Vélez Sarsfield" de Villanueva, distante una legua corta de su casa. En sus grandes aulas descubrió el maravilloso y simple secreto de la palabra, en cuyo mundo deslumbrante quedó prisionero para siempre. Tenía diez años cuando terminó su tercer grado en la escuela inolvidable. La pobreza apremiaba la casa paterna, y el niño debió abandonar las aulas para entrar de aprendiz de las más diversas artesanías. Pero había algo en él, algo muy hondo y fervoroso, que lo impulsaba hacia los mundos inefables de los sueños. El niño no sabía precisar qué era lo que lo avasallaba, lo que lo hacía aparecer como distraído, como incapaz de manejar el escoplo y la gubia, o de sujetar el hierro sobre el yunque, o de no aparecer -----

[184]

por su casa con algo muy distinto de lo que le habían mandado adquirir en los negocios de la vecindad.

Placiale al muchacho -y ello le acarrea serios conflictos domésticos- vagar por los campos nuestros, extasiarse en la contemplación de las corrientes aguas de los canales, juntar huevecillos de colores, coleccionar los pájaros que atrapaba en sus solitarias correrías y todo aquello que inundase su alma de la simple felicidad de las humildes criaturas del Señor, que constituían su máspreciado consuelo.

Cuando el muchacho tenía catorce años, la llama escondida que le abrazaba el corazón hizo que abandonara esta tierra para buscar su ruta en los horizontes del mundo. Lo que pasó después, ya no interesa. Entiendo que los dolores, las tribulaciones, los infortunios y las angustias que han hecho parte fundamental de la formación de los hombres, es algo que no debe exhibirse como galardón. Aquel niño de ayer es el hombre que hoy tenéis ante vosotros sin más méritos que los muy precarios de haber dado de sí lo poco que le han permitido sus fuerzas y su amor por la patria y por sus semejantes.

El doctor Romelio Villalobos, nuestro talentoso comprovinciano, se ha excedido en sus palabras, más generosas que justas, inspiradas sin dudas en un afecto que se remonta a los tiempos de honda y trompo, allá en los lares de Guaymallén, cuando el Zanjón era un paraíso de rosas silvestres, de sauces, de higueras añosas y granados opulentos.

La Dirección General de Escuelas, movida por un alto ideal de acercamiento y de comprensión dentro de nuestra propia tierra, ha querido que yo os hable de un problema de interés común. Alta deuda, por cierto es la que he contraído. Pero tengo otra, señoras y señores, que quiero saldar en estos momentos casi solemnes para mí, en que, por primera vez, tengo la dicha de verme rodeado por vosotros en mi propia casa. Aquella deuda es la que contraí en la humilísima escuela de mi infancia y con mis maestros. Permitidme, pues, que rinda mi más fervoroso homenaje de gratitud y de cariño a la escuela "Ve-----

[185]

lez Sarsfield" de Villanueva, a sus aulas, a sus viejos patios y a las venerables figuras de mis maestros don Emiliano Ferreyra, don Rito del Carmen Castro, don Domingo Videla y don Vicente Rojas cuyos nombres están unidos a mi vida como los de mis padres y como el de esta tierra adorada que es la mía y la vuestra.

Podéis creerme que estas palabras que os digo me proporcionan una conmovida alegría, la misma que podría proporcionarme el prolongar ante vosotros las evocaciones y recuerdos de aquella época lejana de mi existencia, cuando, con mis útiles bajo el brazo, me iba por el Carril Nacional, orillado de viñas y tapiales, a enfrentarme con los pavorosos laberintos de la aritmética. Pero debo entrar en mi tema, y, como en todos los trances difíciles de mi vida, lo hago invocando la ayuda de Aquel que rige el orden maravilloso del Universo sobre la pequeñez deleznable del hombre.

\*\*\*

Pocas veces ha vivido la tierra una época como la actual, fruto del desequilibrio y de la conmoción de una de las guerras más espantosas que vieron los siglos. El hombre ha pretendido olvidar los horrores de cuatro años de pesadillas sangrientas, embriagándose de vida superficial y ligera. Ha pretendido olvidar, pero no lo ha logrado, porque erró el camino del olvido que buscaba con ansias desesperadas. Y es así como presenciamos ahora la apoteosis de la materia, y es así como somos espectadores de nuestro propio drama.

Hemos comprobado el fracaso de nuestra primera búsqueda, y volvemos los ojos hacia cosas mejores para lograr la anhelada liberación de nuestra propia alma. ¿Y dónde está ella? La respuesta es una sola, categórica y excluyente: en el regreso del hombre a los caminos luminosos y eternos del espíritu. Ellos fueron, ellos son y ellos serán siempre, los únicos dignos de este maravilloso organismo que es el hombre. La historia nos enseña que -----



[186]

Siempre que nos hemos alejado de ellos, hemos pagado con tremendos dolores nuestra desviación y nuestro error. El imperio del positivismo y de la materia, no pueden sino engendrar generaciones de hombres que fracasan frente a los grandes y permanentes problemas del espíritu humano. Porque no serán las nuevas doctrinas filosóficas o políticas, las que puedan torcer, desviar o anular la naturaleza milagrosa y divina de nuestra alma.

Tarde o temprano debemos volver a ella, como el pájaro a la rama, como el río a su cauce y como el hijo pródigo de la parábola, símbolo de nuestro espíritu, a la casa del padre que lo colmó de dones inefables.

La juventud actual, que es toda nuestra esperanza, tiene la obligación sacrosanta de volver al camino de los grandes amores. Es impostergable renunciar a la vida frívola de nuestros días, fruto precario de una época de transición, para entregarse a un ideal de pureza, de trabajo y de sacrificio. Ya lo dijo Caudel: "La juventud no ha sido hecha para el placer sino para el heroísmo" [sin cursivas en original]. Y hay que llegar a él con alegría, don maravilloso de los corazones limpios. Hay que llegar a él con la alegría del tordo que silba mientras moja su renegrido plumaje en las aguas; llegar a él como a la más dulce y mejor de las fiestas, con la alegría del Santo de Asis[sic] que cantó para ella los mejores himnos de su corazón inundado de gracia.

No hay grande obra humana que no haya sido engendrada por el heroísmo y por el sacrificio. La frivolidad no puede dar sino frutos efímeros y deleznales. Por otra parte, nuestra misma jerarquía eterna nos exige lo mejor de nuestras fuerzas morales, físicas y mentales. Tenemos la obligación de ser exigentes con nosotros mismos, porque es la única manera de hacer que nazcan rosas en las peñas y que el agua brote de entre los pedrizales y las arenas.

Es necesario volver por los fueros de nuestra alma por todos los caminos que a ella nos conduzcan. Volvamos a ella por los rumbos eternos de la patria, trabajando por ello, conociéndola, engrandeciéndola en los campos y en las ciudades poblándolas de hombres sanos y fuertes, dig-----

[187]

nificando a nuestros semejantes, haciendo que deje de ser un mito la sagrada igualdad que el predicador de Judea pidió a su Padre para nosotros, con palabras encendidas de amor y de eternidad.

No nos envanezcamos demasiado de las magníficas ciudades nuestras, dignas del canto de Whithan[sic] y Verhaeren. Detrás de los rascacielos que ocultan el horizonte, están las grandes llanuras, ~~con sus~~ con sus ranchos de quinchas y sus ramadas donde vive el hombre que trabaja la tierra privado de lo más necesario; detrás del lujo y de las comodidades ciudadanas están las grandes selvas, donde acabo de ver a centenares de hombres embrutecidos por el alcohol y las tareas bestiales, hombres de rostros escuálidos cuyos ojos se agrandan de asombro ante la sola presencia del pan blanco y tierno, que Dios nos dejó como la más común de las herencias; detrás de los halagos de las urbes están las mesetas cordilleranas, donde hay niños analfabetos, semidesnudos en medio de las nieves, que desconocen, no ya la alegría de un juguete, que no debiera faltarle a ningún niño del mundo, sino la blandura del lecho, el calor de los vestidos y la simple y honrada satisfacción del comer cuando se tiene hambre; detrás de las grandes avenidas están los ingenios del norte, donde trabajan mujeres de carnes enjutas en las varoniles tareas de la zafra para llevarles un mendrugo a sus hijos; detrás de la grandeza de Buenos Aires, está el drama de la Patagonia y del Altiplano, drama tremendo, humillante, repetido día tras día, teniendo al aborigen como protagonista, de cuyo dolor nos olvidamos con aterradora frecuencia, sin pensar que él, como el mejor y como el peor de los hombres, también es hermano nuestro, porque ante los ojos de Dios terminan las categorías terrenas.

Mal patriota es aquel que calla a sabiendas los vicios y flaquezas de sus conciudadanos. Yo acabo de señalar algunos de ellos con el afán constructivo de verlos enmendados alguna vez y no con el propósito subalterno de aquellos que todo lo derriban con sus críticas sin ocupar un minuto de su tiempo en edificar para los demás, virtud que debe primar sobre todos los actos de nuestra vida.



[188]

Menguada cosa seríamos si callásemos todo lo malo que tiene nuestro país, pero señálemoslo para corregirlo cuanto antes por las vías del desinterés y del amor a la tierra y a los que la habitan.

Los hombres y los jóvenes de hoy, no remediaremos nada teorizando en las tertulias o en la cátedra, o adquiriendo destreza física en los campos de deportes, sino yendo al encuentro del dolor, del hambre, de las miserias y penurias de nuestros semejantes, para procurarles una vida más digna y evitar que siga cumpliéndose en nuestro país la terrible paradoja de ver hombres famélicos frente a la magnífica exuberancia y prodigalidad de nuestra tierra. Yo he visto en el norte de San Luis a mis compatriotas extraer oro de las entrañas de los cerros, y no tener ellos lo más indispensable para cubrir sus necesidades. Yo he visto en los grandes desiertos patagónicos a mis compatriotas cuidando innumerables rebaños de ovejas y no tener ellos lo imprescindible para resguardarse de los fríos polares de la región; los he visto a los cuatro puntos cardinales de la patria trabajando en el silencio por su grandeza económica, sin tener ellos, en muchos casos, mejores guaridas que las alimañas del monte. He ahí la obra que nos aguarda, pero no la realizaremos por los caminos de la frivolidad, sino por los del sacrificio constante y alegre, y despertando en nuestro corazón el hambre y sed de justicia de que nos habla el insustituible Maestro de los Evangelios. Con sólo desprendernos de todo lo supérfluo[sic] de nuestras vidas, haríamos la felicidad de muchos millares de semejantes. Pero estos actos heroicos de extrangulación<sup>1</sup> del egoísmo, sólo nos lo puede inspirar esta partícula divina que es nuestra alma, porque la carne, por su misma naturaleza, tiende tan solo a satisfacer sus propios apetitos.

Sobrepongámonos a nuestros instintos y abrámosles todas las puertas a las celestes potencias del espíritu. Volvamos por él a los caminos de la religión y de la fe, porque sin ellas seremos semillas sin tierra y sin agua; volvamos al reinado del alma por los senderos del sacrificio, porque sin él no hay obra duradera; volvamos por las rutas -----

<sup>1</sup> Supérfluo y extrangulación aparecen en el original como en el texto de arriba

[189]

eternas de la piedad, del orden, del trabajo, del amor, de la comprensión, del altruismo y de la amistad, porque si nos despojamos de estos grandes atributos del alma, el aforismo de Plauto no perderá jamás para nosotros su actualidad degradante. El hombre dejará de ser lobo, cuando se olvide de su carne y entre de lleno a vivir la alta y profunda vida del alma. Y en este terreno, no hay términos medios posibles. Se es, o no se es. O estamos con la culebra, o nos remontamos con el águila. O seguimos atados a las humillantes columnas de la materia, o nos elevamos con la inalterable categoría del ala. Por otra parte, la elección no es dudosa. Nadie puede dudar frente al oprobio y la gracia. Nadie puede dudar frente al escorpión y la rosa. Las grandes realizaciones humanas son hijas exclusivas del espíritu y a él debemos volver si queremos que se cumplan todas las posibilidades de nuestra inteligencia.

Volvamos a él por los caminos de la soledad y el recogimiento meditativo, puesto que algún carácter tienen los tiempos que vivimos, es precisamente su tendencia a la disgregación y disipación de nuestras mejores energías. El hombre de hoy no sabe quedarse solo, y es necesario que lo aprenda. Nos es fácil menester, por cierto; pero una vez aprendido, nosotros somos los primeros en admirar sus maravillosos beneficios. La soledad es otra urgencia de nuestra época. Urge conocer sus inefables sendas; saber hasta qué alto grado es dulce y fructuosa su compañía. Los hombres que alcanzaron su más alta expresión jerárquica en los dominios de la belleza y la sabiduría, aprendieron, antes que nada, a saber quedarse solos en el momento oportuno. Ni Platón ni Aristóteles, ni Pitágoras ni Galileo, ni Miguel Ángel ni Leonardo, ni Shiller ni Beethoven, ni Newton ni Fulton, hubieran legado al mundo la eternidad de su genio si en lugar de aislarse para vivir el drama dichoso de crear, se hubiesen disgregado en el tumulto de las grandes ciudades. En nuestra vida de relación, siempre tenemos un día en el cual es necesario aislarse para cumplir con el generoso deber de darnos a los demás. No hablo, por cierto, de la soledad estéril y egoísta, -----



[190]

sino de la grávida, de la trabajadora, de la pletórica soledad de los hombres que se olvidaron de sí mismos para derramarse sobre los otros en dones excelentes.

Hablo de la soledad del árbol que en medio de la llanura nos ofrece su sombra, hablo de la soledad del arroyuelo en el que nos abrevamos en medio de las montañas; hablo de la soledad de Jesús, en el Huerto de los Olivos, al que llegaba para orar por la felicidad de los hombres.

La carne jamás puede estar sola. ¿Y cómo va a estarlo si nada es sin la compañía de sus propias flaquezas y sus miserias? El espíritu sí, porque en el regazo de la soledad tiene siempre el más conmovedor de los encuentros, que es el de sí mismo. Y es así como logra su plenitud creadora, y la serena alegría de afianzar su fortaleza y su confianza. Debemos aprender a quedarnos solos en los dolorosos momentos de la siembra y de las cosechas, para que nuestros semejantes, al recibir nuestros frutos, no sepan nunca que hemos sufrido para lograrlos, porque si lo saben, ya no tendrá mérito alguno nuestro sacrificio. La soledad es la matriz misma de los grandes trabajos, es la esencia misma de la obra y el dínamo propulsor de las energías creadoras. Urge, pues, aprender a quedarse solo para fructificar en silencio como el árbol, y darnos como él a todos los caminantes.

Para ello es indispensable nuestro retorno al espíritu, porque sin él seremos la imagen de la rama que no alcanza a dar la flor porque la azotan los vientos, las lluvias y la nieve.

Retornemos al espíritu por el camino de la vocación que es, precisamente el problema fundamental de los jóvenes; problema vital y eterno, porque la vocación es el espíritu mismo. Ella es esta fuerza maravillosa y secreta, inquieta y torturante, que hace que demos lo que debemos dar y hagamos lo que debemos hacer. La vocación ha movido al mundo desde el comienzo de los siglos; ella ha colmado las páginas de la historia de capítulos deslumbrantes; ella es la santidad, el heroísmo, la sabiduría; ella es el germen de divinidad y de eternidad que Dios ha -----

[191]

puesto en nuestras almas. Ella es la semilla misma de la vida del hombre. No protestemos contra el destino y la suerte si queriendo cosechar manzanas hemos plantado adelfas. Cosa muy vieja, y muy nueva siempre es esta de cosechar lo que se siembra. Sin embargo, es frecuente oír protestar a los hombres porque cosechan lo que no sembraron. San Pablo, el apóstol genial y tumultuoso, no se cansaba de repetir a los Corintios: "*Hermanos, considerad vuestra vocación*". En los días que vivimos aterra pensar en el gran número de jóvenes que abrazan actividades ajenas por completo a la íntima tendencia de su alma y de su inteligencia. En muchos casos, si no en la mayoría, la carrera que eligen está en abierta pugna con su vocación. Si ésta los lleva hacia las bellas artes, ellos se van hacia las ciencias o la milicia, porque son más positivas que aquéllas. Si sienten necesidad la necesidad de las arduas disciplinas científicas, se alejan de ellas y eligen los caminos más fáciles para llegar cuanto antes a los resultados del éxito y del lucro, lo que es una aberración sencillamente abominable. Pero el que esto hace, recoge inevitablemente los frutos funestos de su error. Los hombres suelen obstinarse en ser lo que no pueden ser, en ser lo que la inalterable biología de su espíritu les impide que sean. La época lamentable que vivimos lleva a los hombres a buscar aquellas actividades que mejor se adaptan a las exigencias actuales, sin detenerse a pensar si la carrera que eligen responde o no al secreto llamado de la vocación. El afán de riquezas, deleznable vehículo de placeres más deleznales aún, hace que los hombres cometan el crimen repudiable de entregarse a menesteres diametralmente opuestos a su impulso vocacional. Hombres que han nacido para músicos, se hacen ingenieros o médicos; espíritus creados para la belleza, caen en el absurdo de enfrentarse con el practicismo; el que nació agricultor se hace burócrata. El resultado de estos pavorosos injertos ya los conocemos: es el médico que le hace una desleal competencia a los gérmenes infecciosos y que contribuye eficazmente a la multiplicación de los cementerios; es el abogado que termina en un pueblo de nuestra campaña en oficial -----



[192]

de policía o en escribiente de juzgado; es el maestro a disgusto de sí mismo, ese terrible maestro que va a las aulas como si fueran mayordomías de estancias. Donde empieza el profesionalismo, termina la verdadera ciencia. Donde empieza la improvisación terminan las obras duraderas. En esto, como en todos los terrenos espirituales, tampoco hay términos medios. Siendo la vocación una de las más puras y maravillosas potencias del alma, el torcerla o desnaturalizarla representa una de las acciones más nefandas y vituperables del hombre. Ved cuán premioso es regresar a nuestro propio mundo interior para extraer de él lo mejor y lo más auténtico de sus riquezas. Porque he dicho y sostengo que la vocación es el espíritu mismo. Ella es la representación exactísima de nuestra alma, de nuestras fuerzas morales, de nuestro instinto, de nuestra inteligencia.

El maestro tiene en sus manos parte de la solución del problema vocacional de las generaciones que educa. Con sólo proponérselo, ayudará a los niños y a los jóvenes a descubrir su verdadero mundo interior. Escrute el alma de sus alumnos, siga sus inclinaciones, auscúltelo en sus gustos, aliéntelo en sus afanes, entienda sus esperanzas y anhelos, y es harto posible que más de una vez recoja la profunda, la inmensa alegría de haber descubierto el derrotero de un alma. ¿Os parece poca dicha ésta? ¿No es acaso el mejor premio que puede tener nuestro esfuerzo, nuestra dedicación y nuestro amor?

La incompreensión del maestro frente al alumno suelen provocar aberraciones monstruosas. Más de una vocación se ha torcido en el aula primaria o secundaria, cuando es precisamente ella la que debe encauzarla mediante la fervorosa dedicación del maestro. No riñamos nunca al alumno contemplativo por el hecho de que nosotros no lo seamos, o viceversa. Indaguemos, sí, cuáles son las causas que provocan sus actitudes, y acaso ellas nos den la clave de muchas cosas admirables. Gran parte del problema de la vocación está en manos del maestro. Ahora bien: si un hombre, a sabiendas, tuerce su propia vocación, tengamos -----

[193]

por cierto que nadie más que él ha de sufrir las angustias de su permanente fracaso.

¡Ay de aquél que habiendo nacido como Aníbal o Alejandro quiera transformarse por razonamiento en San Agustín o Santo Domingo de Guzmán! ¡Ay de aquél que oyendo en sus entrañas el llamado de la santidad se desvíe hacia los caminos de la guerra! Cometerá el mismo absurdo del que se empeñe en cultivar orquídeas en la nieve o que el coihue de nuestras regiones australes hinque sus raíces y dé su sombra en el trópico. Hoy, más que nunca, es necesario que cada uno esté en su sitio y que en él se desenvuelva y fructifique. Para ello es menester aniquilar el egoísmo, porque bien puede ocurrir que el sitio que nos corresponda no sea precisamente el que agrade a nuestro sensualismo, exacerbado por la época de torceduras morales que nos asfixia. Cada hombre en su sitio, dando los frutos que por su fuerza específica debe dar: he aquí la otra urgencia. Pero no elijamos. Vayamos donde debemos ir, al desierto o a las ciudades, al altiplano o a las llanuras, a la soledad o al tumulto, pero siempre con el único y exclusivo propósito de darnos por entero a la comunidad, que es la mejor manera de prolongarnos en el amor y en el tiempo. La humanidad y la tierra no necesitan a los hombres que sólo piensan en sí mismos. La tierra y la humanidad están sedientas de todos los bienes posibles. Y debemos dárselos aunque nos quedemos desnudos como Aquél, que en la cruz, hace veinte siglos, recibió de los hombres la más ignominiosa de las muertes. Mas sólo podemos darnos en generosos desgarramientos, cuando hacemos de nuestra vocación nuestra razón de vivir, sufrir y morir para beneficio de los otros. Y esto, ¿quién podría desdeñarlo?, es también espíritu puro, porque la materia, cuyo drama peor es de ser lo que es, desconoce la dicha del pájaro que canta para que la aurora sea más bella, y la de la nube que se derrama en lluvia sin preguntar cuál es la sed que ha de aplacar con su gracia. -----

\* \* \*



[194]

En la descomposición actual del mundo hay otro aspecto regresivo del hombre, índice también de nuestra época, y es el desarrollo creciente de la individualidad que, biológicamente, nos aleja de la divinidad de nuestro origen para acercarnos a las bestias. Tarea del espíritu es anular este afán condenable, para llevarnos al desarrollo de la personalidad, que es la que habrá de dignificarnos y enaltecernos. Santo Tomás nos enseña que el nombre de persona significa la más noble y elevada de todas las cosas de la naturaleza. Y el hombre de hoy, este hombre mecanizado de hoy, con las excepciones que siempre corresponden para honra de la especie, se esfuerza por alejarse de la personalidad para caer en la semejanza del árbol, de la piedra, del microbio, del átomo que son individuos. "De este modo, dice Jacques Maritain, en su ensayo sobre Lutero, considerados como individuos no somos más que un fragmento de la materia, una parte del universo, un punto de ese inmenso sistema de fuerzas y de influencia, físicas y cósmicas, vegetativas y animales, étnicas, atómicas, hereditarias, económicas e históricas, cuyas leyes soportamos. Como individuos estamos sometidos a los astros. Como personas los dominamos. Es característica de la época actual la transformación del hombre en engranaje de máquinas económicas y políticas. Hemos perdido, o estamos por perder, el alto sentido de la personalidad que nos aleja de la grey para elevarnos al solitario sitio en que todo hombre debe colocarse para mejor responder al llamado del mundo. Regresemos a la vida interior y regresaremos a la personalidad, don supremo del alma. "El hombre, escribe con sabias palabras Garrigou-Lagrange, sólo será plenamente una persona, en la medida en que la vida de la razón y de la libertad dominará a la de los sentidos y de las pasiones; sin eso, seguirá siendo como el animal, un simple individuo esclavo de los acontecimientos, de las circunstancias, siempre a remolque de otra cosa, incapaz de dirigirse a sí mismo. Desarrollar la individualidad es vivir la vida egoísta de las pasiones, hacerse el centro de todo, y llegar, finalmente a ser esclavo de mil bienes pasajeros que nos procuran el gozo miserable -----"

de un momento. La personalidad, al contrario, crece a medida que el alma, elevándose por encima del mundo sensible, se apega más estrechamente por la inteligencia y la voluntad a lo que constituye la vida del espíritu".<sup>2</sup>

Y a ella debemos volver porque para ella hemos nacido, y porque tenemos la obligación de hacerlo para salvar al mundo de la ola de podredumbre que quiere envolverlo por todos los horizontes.

\* \* \*

Hablamos de mejoramiento social. ¿Qué hombre no lo desea? ¿En dónde está el indigno que no anhela para su hermano el imperio de la paz y de la justicia? Pero no haremos obra de mejoramiento social embruteciendo a los hombres y reduciéndolos a la categoría de las bestias que son felices cuando han satisfecho todas sus necesidades. No es este nuestro destino, sino una vida superior para la cual todos somos llamados y a cuya simple felicidad todos tenemos derecho. Haremos mejoramiento social, no repartiendo las tierras, ni sustituyendo al hombre por la máquina, ni destruyendo templos, ni incendiando bibliotecas, ni derramando sangre, ni haciendo que los niños desconozcan a sus padres; sino ennobleciendo al hombre, dándole lo que le pertenece y educándolo y preparándolo para que se baste a sí mismo dentro de la armonía permanente del universo. ¿Cómo vamos a ser felices si codiciamos las riquezas de los que tienen en lugar de acordarnos de los lirios de la parábola? ¿Cómo vamos a ser felices si deseamos lo superfluo en lugar de imitar a las aves del cielo? ¡Cuán simple es a veces el secreto de la dicha! Pero nosotros nos obstinamos en hacer de él una cosa complicada y tremenda, y lo único que logramos es alejarnos de la felicidad que tan ansiosamente buscamos. Haremos mejoramiento social convenciendo a los hombres de que únicamente en la generosidad, en el amor, en la paz, en el trabajo, en el desprendimiento, en la abnegación, en la equidad, y en la justicia, hallaremos el mundo ideal que nos -----

<sup>2</sup> En el original son estas las únicas comillas de cierre. No está claro si pertenecen a la cita de Maritain que contiene a su vez la de Garrigou-Lagrange o si simplemente se han saltado las comillas de cierre de la primera cita. [N.d.E.]



[196]

ofrecen los que nada pueden darnos, porque prometen lo que no pueden cumplir en razón de que las mismas leyes eternas se lo impiden. Tengamos presente que sólo la vida interior puede darnos la libertad, la alegría, el reposo y la victoria definitiva sobre nuestras necesidades. La materia, símbolo de la vida contemporánea, por su mismo peso natural, nos hace esclavos de ella y nos ata con las peores cadenas. El espíritu, ala pura, gracia pura, por ser lo que es, nos permite elevarnos para alcanzar la inmutable, la definitiva y solitaria jerarquía de la estrella. Y entre la pocilga y la nube, no puede haber un hombre que elija a la primera por impulso propio. Todos tendemos a ser libres. Pero la libertad no puede darse con las espadas de dos filos que suelen ofrecerse a las multitudes como supremo remedio para todos los dolores. ¡Ya conocemos las heridas que dichas espadas abren! La libertad está en nosotros mismos. La libertad es nuestra propia alma redimida de los apetitos de su carnal envoltura. La libertad es la decencia, el orden, la disciplina, el trabajo, la educación y el amor unánime y generoso. La libertad es la pureza; el silencio, la soledad creadora. La libertad es ser lo que se debe ser, dar lo que se debe dar, pero en una proporción infinitamente mayor de lo que recibimos. La libertad es la permanente entereza de nuestro espíritu. Cada claudicación de nuestra dignidad humana es un eslabón que se agrega a la cadena que nosotros mismos nos forjamos.

No ha de ser el materialismo el que haga de nuestro país uno de los más hermosos y justos de la tierra. No ha de ser el materialismo el que ahogue la miseria y el hambre de nuestros campos. No ha de ser él el que ennoblezca y dignifique a los aborígenes, ni el que mejore las condiciones de vida de los tugurios, ni el que vista a los niños andrajosos de nuestras llanuras y montañas, ni el que dé tregua a los trabajadores de nuestros obrajes, ni el que haga que el maestro de escuela deje de morir de hambre en algunas de nuestras provincias, ni el que pueble de grandeza a nuestros desiertos, ni el que cure a los leprosos y realice, en una palabra, el milagro de la vara mosaica -----

[197]

que hizo brotar el agua de una peña. No será él; porque las grandes realizaciones humanas, esas que nos agigantan ante Dios y los tiempos, han sido y serán siempre hijas del espíritu del hombre. Él hinchó los velámenes de las tres carabelas, él llenó de mártires las catacumbas de Roma; él movió a los cruzados a través de los mares y desiertos, él hizo que el Santo de Umbría peregrinara descalzo por sobre la nieve y los zarzales; él descendió al fondo de las aguas y se elevó a los cielos abiertos en alas de la inteligencia del hombre; él hizo que el Gran Capitán de América, atravesara los Andes para llevar la libertad a los pueblos que no eran suyos; él ha movido al mundo desde el principio mismo de la eternidad y seguirá moviéndolo hasta el final de los tiempos.

Comprovincianos, estimados colegas, jóvenes estudiantes:

Vientos de sangre, de muerte, de lujuria y de hambre nos llegan de todos los rincones de la tierra; y es porque el hombre de hoy, este hombre absurdo que ha de llorar frente a su propio drama, se ha alejado de los caminos eternos del alma y de todos sus grandes y luminosos amores.

Yo, el más humilde de los argentinos, invito a los hombres y jóvenes de mi país a que volvamos a ellos. Lo deseo con todas las fuerzas dolorosas de mi corazón para bien de mi Patria, del mundo y de mis semejantes.

**Alfredo R. Bufano**